

Un viaje a las periferias salvajes de las grandes ciudades mexicanas

Cecilia Brañas García

A veces me parece que tu voz me llega de lejos, mientras soy prisionero de un presente vistoso e invivible en el que todas las formas de la convivencia humana han llegado a un extremo de su ciclo y es imposible imaginar las nuevas formas que adoptarán. Y escucho por tu voz las razones invisibles por las que vivían las ciudades y por las cuales tal vez, después de muertas revivirán.

Italo Calvino

Este es un breve y conciso viaje por la “urbanización salvaje” periférica. Este recorrido nos permitirá adentrarnos lo suficiente al tema como para tener una mirada crítica sobre el fenómeno urbanizador que se ha dado en los alrededores de las grandes ciudades mexicanas, entre los años 2000 y 2015, aproximadamente.

Lejos de lo que el título que encabeza este texto pueda sugerir a más de un lector o lectora, la urbanización salvaje a la que hacemos referencia¹ tiene más que ver con la definición de capitalismo salvaje (o neoliberalismo), que con la condición “desordenada o no planificada” de la acción urbanizadora sobre el territorio. Podría hacernos pensar en el poblamiento popular² —más comúnmente conocidos como asentamientos irregulares populares— de México, América Latina o del mundo. Sin embargo, se trata de un nuevo modelo de producción urbana neoliberal del siglo XXI.

No debemos olvidar que el éxodo del campo a la ciudad de los años sesentas —provocado por la desestabilización agraria y la entrada del capitalismo más globalizador— hizo resurgir con fuerza la auto-producción social de la ciudad y del territorio en toda América Latina. Así, mediante la organización popular y la ayuda mutua se ha configurado más del 60% de las grandes ciudades. Esto significa que más de la mitad de la vivienda producida en la “ciudad moderna” fue gracias a la autoorganización de los nuevos pobladores del territorio y no estuvieron regidas por planificación urbana reglada —si entendemos como reglada aquella planificación que viene impuesta desde las instituciones—. Los procesos de poblamiento popular son progresivos y están directamente ligados a la situación socioeconómica de cada familia o comunidad, por lo que las distintas colonias se han ido conformando a lo largo de los años, llegando hoy día a formar parte de la ciudad consolidada.

¿Por qué se hace hincapié en este otro tipo de producción de la ciudad para describir el tema que nos atañe? Porque ambos, a pesar de estar perversamente relacionados, representan significados antagónicos.

La periferia salvaje

A vista de pájaro el paisaje es al mismo tiempo sugerente y devastador, es sublime y gris, es ordenado y aterrador, es la imagen más perversa de la estética urbana y arquitectónica.

Los conjuntos habitacionales presentan características comunes que definen su morfología urbana y su lógica de conformación, así como sus arquitecturas. Se ubican en territorios alejados de los núcleos urbanos más importantes a nivel poblacional, ocupando todo tipo de terrenos, como antiguos ejidos, terrenos de origen agrícola no aptos para la construcción o zonas cercanas a basureros, por nombrar algunos. El suelo en la periferia de las ciudades es de menor costo, lo que supone mayores beneficios para los promotores, aunque en muchos de los casos que se han dado en país también se han cobrado con resistencias o conflictos sociales —se han dado casos de violencia, extorsión y violación de derechos humanos—.³ El transporte público que conecta a estas zonas con las ciudades aledañas, es en la mayoría de los casos, escaso o inexistente.

Cada conjunto habitacional está compuesto por un sembrado de casas idénticas de mínimas dimensiones (la mayoría no alcanza los 60 m² tras ser acabadas, otras están pensadas para crecer con el tiempo y alcanzar hasta 100 m²),⁴ con posibilidad de extenderse por centenares hacia el horizonte infinito, lo que supone una densidad bajísima en comparación con la ciudad central consolidada. Las calles que organizan el espacio, en la mayoría de los casos, son desproporcionadamente anchas y sin vegetación; éstas son el único espacio público que encontramos entre tanto asfalto, concreto y sol amenazante, sin tomar en cuenta los espacios residuales que han quedado olvidados en el diseño y la planificación. En muchos casos los conjuntos están cerrados al paso de los foráneos, en otros se ha dado la autosegregación interna: los habitantes convierten en “cerradas” sus tramos de calle para tener más control sobre el territorio que les pertenece, o bien, para protegerse de “los otros.”

Además, la falta de servicios y equipamientos hace que estos lugares no terminen de generar una vida de barrio, ni de pueblo, ni de sentirse parte de ninguna ciudad, pero los hace estar listos para la fotografía perfecta, donde la homogeneidad visual no se ve interrumpida por ningún elemento extraño. Nada que rompa el paisaje estético de casas prefabricadas en serie, que bien podrían servir como escenario de un capítulo de Black Mirror,⁵ tan deshumanizado como aparentemente perfecto.

Este tipo de desarrollo urbano no está exento de cumplir una serie de normativas, como es la cantidad de viviendas a partir de la cual deben incorporar tales o cuales equipamientos y servicios. Sin embargo, es fácil evadir estas obligaciones presentando proyectos subdivididos en las cantidades justas que eviten tener que cumplir las normas. Esto explica que en las fotografías no se aprecien zonas verdes, colegios, áreas de deporte u otro tipo de espacio público o equipamiento, entre las grandes extensiones de asfalto y

concreto. No podemos dejar de mencionar la falta de suministro de agua y energía que sufren muchos conjuntos, por no haber resuelto correctamente los servicios básicos ni en su planificación ni en su ejecución.

Las trips políticas y económicas

La urbanización salvaje periférica tiene su origen en la última década del siglo XX y llegó a México como copia de un modelo financiero chileno de producción de “vivienda social” en masa. Después de México, este fenómeno pasó a ser incorporado en las prácticas urbanas del gobierno de Brasil⁶ y también viajaría a otros países de América Latina.

Este modelo ha sido impulsado por políticas públicas de “vivienda social,” donde el Estado ha ocupado el papel de facilitador y financiador del proceso, cediendo el control de la producción a empresas desarrolladoras privadas. Si hasta ahora el Estado se encargaba de gestionar el suelo (adquirir o ceder la propiedad), diseñar y construir las viviendas, promover el acceso a ellas mediante alquiler o venta y, en el mejor de los casos, responsabilizarse del mantenimiento de los edificios, con este nuevo modelo van a ser las empresas desarrolladoras privadas (la mayoría de capital internacional), quienes gracias al financiamiento del Estado —mediante subvenciones a la adquisición de los terrenos y a la construcción y, más tarde, los créditos a los adquirentes de las viviendas— van a llevar el control de todas las fases del proceso, con la diferencia de que, una vez terminados los conjuntos y las viviendas, ellas se desligan de cualquier responsabilidad.

Adherido a este proceso va la plusvalía generada al incorporar la “vivienda social” al mercado financiero internacional, que asumirán en primer lugar los compradores de las viviendas y, en segundo, la producción social del hábitat en las ciudades.⁷ La vivienda pasa a ser un objeto mercantilizado y pierde así su valor de uso, su condición de bien de primera necesidad, al mismo tiempo que se produce la financiarización⁸ de las clases medias-bajas.

Por otro lado, el modelo habitacional está dirigido a aquellas personas que tienen la capacidad de adquirir un crédito (los derechohabientes), lo que implica dejar fuera a una gran parte de la población que no llega a unos mínimos salariales y a la que podemos denominar coloquialmente como “los más pobres de los pobres.” La única opción para estas personas es la autoproducción de su vivienda y su barrio. Sin embargo, no podemos descartar esta última como la alternativa a la que antes o después acude una parte significativa de la población, por ser la única que ofrece una respuesta a sus necesidades habitacionales.

En lo político-económico, el Estado es el responsable de promover un modelo de ciudad que estaba destinado al fracaso, pero que ha permitido y permite el flujo económico entre los actores que participan de él, conectando la vida cotidiana de una familia mexicana de recursos económicos limitados con el mercado bursátil internacional. Un modelo que se opone a cualquier posibilidad de involucrar a los ciudadanos en las dinámicas de

producción de la ciudad y el territorio, pero que sí beneficia a un sector concreto, el mercado inmobiliario y de la construcción.

A escala político-territorial se presenta como una forma de controlar el crecimiento “desordenado” de las ciudades, estableciendo una “planificación” para aquellos sectores a los cuales antes no atendía el urbanismo institucional. El límite urbano-rural se desplaza y esto convierte al territorio en un tablero de juego, donde el control de la plusvalía y la gestión del suelo lo ejercen las dinámicas del mercado inmobiliario, desarrollista y globalizado, con lo que se promueve la especulación del suelo y la producción capitalista de la ciudad. Por ello, es posible asegurar que este modelo de expansión urbana es un reflejo de la globalización económica y las políticas neoliberales sobre el territorio.

Los costos

El fracaso del modelo se ha manifestado con el abandono de muchas viviendas en todo el país y el deterioro de los entornos habitacionales. La violencia inherente a estos conjuntos, la falta de servicios y equipamientos básicos, la escasez de transporte público, la mala calidad de las viviendas e incluso la incompetencia de un modelo arquitectónico que no responde a las necesidades socio-culturales de los habitantes (en un país donde predominan las familias extensas), son razones suficientes para llevarlo al colapso. Pero hay más, también es importante considerar como causa del colapso el endeudamiento de las familias, el aumento del costo de la vida al alejarse de sus lugares de trabajo y educación, y la desestructuración familiar que todo ello pueda conllevar.

En cuanto a los tejidos sociales y vecinales que los barrios y comunidades construyen con el tiempo y la coorganización, en este modelo resultan antagónico. Este tejido se presenta como la antítesis del proceso de producción social del hábitat, pues las familias y habitantes de los conjuntos aparecen allí como paracaidistas, destinados sin elección posible, provenientes de regiones y situaciones diversas, a habitar un espacio limitado y mínimo, donde el miedo al desconocido se ve incrementado por la falta de redes socio-afectivas consolidadas.

Las familias que abandonan los conjuntos habitacionales abandonan también, por necesidad, el pago del crédito. Los gobiernos locales quedan endeudados con las empresas desarrolladoras y éstas entran en quiebra. Tras esta experiencia, alrededor del año 2015 (dependiendo de cada región del país), la tendencia de las empresas desarrolladoras ha sido volver a construir en la ciudad consolidada, apostando por la verticalización y densificación del territorio, y reproduciendo las lógicas e intereses de producción neoliberales.

¿No sería necesario cuestionar las raíces de un modelo que promueve e impulsa el Estado, beneficiando a los intereses feroces del capital, y retomar y repensar alternativas que se acerquen e involucren a las personas en la producción de sus ciudades, con base en sus necesidades reales?

Notas

1. El término “urbanización salvaje” se ha trabajado desde el grupo de investigación Arquitectura, Diseño, Complejidad, Participación (ADCP), del posgrado de Arquitectura, Ciudad y Territorio, perteneciente a la Facultad de Arquitectura, de la Universidad Nacional Autónoma de México. Particularmente, fue el tema central del desarrollo de mi tesis de maestría “Urbanización salvaje en la ZMVM: contradicciones de la ciudad actual” (2016), con la que obtuve el título de Maestra en Urbanismo. Asimismo, es un término trabajado por el Tribunal Permanente de los Pueblos – Capítulo México durante los dos años que se ha dedicado a estudiar en campo las injusticias y abusos contra los derechos humanos que se dan a lo largo y ancho de todo el territorio mexicano.
2. Resulta imprescindible el estudio de Priscilla Connolly para entender el concepto y localizar, en el caso de la Ciudad de México, el poblamiento popular, recogido en su texto *Tipos de poblamiento en la Ciudad de México* (Ciudad de México: UAM-Azcapotzalco, 2005).
3. El Tribunal Permanente de los Pueblos-Capítulo México, recogió y documentó entre 2011 y 2014 numerosos casos relacionados con la urbanización salvaje, gracias a la participación de las propias comunidades afectadas. En su página web www.ttpmexico.org se recogen documentos y otros materiales donde se encuentran casos concretos.
4. Se conoce que en México “más vale pedir perdón que pedir permiso” y que en cuestiones de autoproducción son expertos, por lo que muchos no tardarán en sacar el ingenio arquitectónico que llevan dentro y comenzar la ampliación de su vivienda para adaptarla a sus necesidades particulares y familiares.
5. *Black Mirror* es una conocida serie estructurada en capítulos independientes, que no siguen una trama común, donde la ficción utópica y distópica, junto a una buena dosis de suspenso psicológico, presentan historias ubicadas en un futuro no tan lejano, donde la tecnología es protagonista.
6. Un trabajo que recoge de forma amplia lo sucedido en Brasil es *Produzir casas ou construir cidades? Desafios para um novo Brasil urbano* (2012), de Joao Sette Whitaker Ferreira (coord.).
7. El aumento del precio del suelo en las ciudades dificulta cada vez más su adquisición para la autoproducción de la vivienda. El mercado inmobiliario es el único que tendrá la capacidad económica para el desarrollo habitacional y acaparará gran parte del territorio sin urbanizar. Habrá más oferta mercantil y cada vez más familias se incorporarán a las lógicas del mercado.
8. La financiarización consiste en la incorporación de una parte de la población a los mecanismos del mercado financiero. Aquellos sectores que estaban fuera del mercado financiero tendían a autoproducir su vivienda y su territorio o, como mínimo, a no entrar en el mundo de los créditos, las deudas, etcétera.

Cecilia Brañas García

Arquitecta

Universidad de Sevilla, España

Maestra en Urbanismo

Universidad Nacional Autónoma de México

Experta universitaria en Visiones del desarrollo, alternativas y herramientas

para la transformación social

Universidad de Córdoba, España

✉ ceciliabranas@gmail.com



Paseo de las Minas, García, Nuevo León